

LA MISA DE ONCE

Paisaje de un pueblo de Castilla

Tiene una torre bermeja la iglesia de mi lugar
que en fuerte estilo muzárabe, en la plaza se levanta,
y otra en gótico tallada, con reloj cuadrado
donde una voz de metal, las horas del tiempo canta,

Por las bóvedas el sol con radiante luz riela
en las alegres mañanas del curso primaveral
y en el sideral espacio el canto del ave vuela,
alegrando con sus trinos la fiesta dominical.

Es domingo: En el atrio la juventud masculina
formando compacto grupo, por tradicional costumbre,
en la puerta de la iglesia se aprieta y se arremolina
el gañán de la llanura y el pastor de la alta cumbre.

Todos con el traje nuevo y la camisa planchada,
con perfumes naturales y salvajes de la sierra,
y la faz eterna hirsuta, con interés rasurada
aún conservando el color de la campesina tierra.

Lleno de salud los cuerpos y de ilusiones las almas;
después del deber cumplido, es más grata la ilusión
al notar que la conciencia se mece en tranquila calma
y se deja volar libre la mente y el corazón.

Termina el acto sagrado de la misa bendecida,
y van saliendo las mozas limpias de todo pecado,
y se tornan al hogar, a su monótona vida,
cogiendo al pasar al vuelo, la flor del enamorado.

Flor que conservan sus almas como en jardines de risas
y que al exterior no salen por miedo de tradición;
y van contando las flores al par que cuentan las misas,
mientras perdura en el pueblo perpetua superstición.

Más del insomnio en que vive, le saca una voz de bronce
de la campana sonora; cuando en alegre clamor
a los amantes les dice:—Venir a la misa de once.
Y más que a la propia misa, van hacia su santo amor.

R. MUÑOZ JARAMILLO.

Revisado por la censura.